

El segundo relato se refiere al aumento de menores de 17 años consignados en esa frontera por tráfico de drogas. Este aumento pasó de 58 menores de nacionalidad estadounidense consignados en 1997 a 64 en 2001, y de ocho menores mexicanos consignados en 1997 a 85 en 2000. Este problema se está combatiendo en ambos lados de la frontera con un programa diseñado para fomentar la cultura de la legalidad.

El libro de Meza contiene algunos descuidos. Sin embargo, dichos descuidos, menores, no anulan su valor, pues éste deriva fundamentalmente del hecho de ser un testimonio, un relato de primera mano. En general, podría decirse que este libro es una oportunidad, una ventana, para que el mexicano medio se asome a ver, a escala humana, las relaciones de México y Estados Unidos en la frontera. Pero, para los especialistas en las relaciones entre los dos países, esta obra resulta indispensable.

MARIO OJEDA

Carlos González Gutiérrez (coord.), *Relaciones Estado-diáspora*, tomo I, *Aproximaciones desde cuatro continentes*, tomo II, *La perspectiva de América Latina y el Caribe*, México, Secretaría de Relaciones Exteriores / Instituto de los Mexicanos en el Exterior / Universidad Autónoma de Zacatecas / Asociación Nacional de Universidades e Instituciones de Educación Superior / Miguel Ángel Porrúa, 2006, 296 y 376 pp.

Durante las últimas cinco décadas los flujos migratorios internacionales se han acelerado exponencialmente, y la organización, relevancia e influencia transnacional de las diásporas han crecido al mismo paso. El libro *Relaciones Estado-diáspora*, en dos tomos, coordinado por Carlos González Gutiérrez, director ejecutivo del Instituto de los Mexicanos en el Exterior (IME), busca en primera instancia ofrecer una radiografía de la forma en que distintos países de alta emigración, como México, intentan construir una política consistente e institucionalizada hacia sus diásporas. La idea de esta obra, y de las dos conferencias internacionales que la preceden, según explica Carlos González, parte de una paradoja: a pesar de que los países expulsores enfrentan problemáticas similares y poseen toda una serie de intereses comunes, rara vez colaboran entre sí para pensar los retos que plantean las relaciones entre estados y diásporas.

La primera CIRED o Conferencia Internacional sobre Relaciones Estado-Diáspora convocó a “teóricos” y “ejecutores de políticas” de seis países: Filipinas, India, Marruecos, República Dominicana, Turquía y México.¹ To-

¹ Maruja Asis, “Desenvolviendo la caja de balikkayan: los filipinos en el extranjero y su

dos estos estados se caracterizan por tener una importante comunidad de emigrantes y por su voluntad, al menos en el discurso, de construir una relación privilegiada y estrecha con su diáspora. De la docena de trabajos compilados en el tomo I de *Relaciones Estado-diáspora*, titulado *Aproximaciones desde cuatro continentes*, queda claro que los países convocados comenzaron a transitar, por lo menos hace una década, hacia nuevos paradigmas y percepciones sobre sí y sobre sus emigrantes. Estas tendencias van del cambio del discurso oficial hasta la creación de agencias especializadas en proteger los derechos y cultivar las relaciones con la diáspora. Como fruto de este giro se han aprobado, casi generalizadamente en estos países, reformas que otorgan el derecho al voto en el exterior y la doble nacionalidad, así como esquemas para movilizar las remesas de los trabajadores.

Los casos estudiados muestran que no existen patrones lineales ni uniformes en la evolución de las diásporas; más bien, conviven tendencias positivas con desarrollos desalentadores. Con las historias personales de éxito, los altos envíos de remesas y la creciente capacidad de organización de las diásporas se enlazan procesos de carácter negativo como la “asimilación descendiente” (marginalidad de los inmigrantes de segunda generación) o los abusos y agudización del clima de xenofobia en las sociedades receptoras. De este ejercicio de diálogo con cinco países pueden surgir también varias preguntas interesantes para un país como México: ¿qué puede aprenderse de la experiencia del voto en el exterior de los filipinos en 2004 y del experimento parlamentario de los marroquíes que residen en el extranjero? ¿Cómo desarrollaron India y su diáspora las sinergias que dieron origen a su liderazgo en el sector de las tecnologías de información? ¿Debe y puede el Estado mexicano ser indiferente a su diáspora como lo fue República Dominicana hasta el 2004? ¿Puede decirse en el caso de México, como en el turco, que, a pesar de la creciente integración de su diáspora al país receptor, el debate culturalista en torno a qué tanto se “ajustan” estos inmigrantes se ha radicalizado?

país de origen”; José Brillantes, “Políticas y mecanismos filipinos en torno a la migración y el empleo en el extranjero”; Jagdish Sharma, “Características de la diáspora india y su relación con el país de origen”; Laurie Brand, “Marruecos: la evolución de la participación institucional del Estado en las comunidades diáspora”; Abderrahim Sassi, “Migración internacional marroquí: balance y perspectivas”; Rafael Alarcón, “Hacia la construcción de una política de emigración en México”; Carlos González Gutiérrez, “Del acercamiento a la inclusión institucional: la experiencia del Instituto de los Mexicanos en el Exterior”; Sergio Soto Priante, “Programa 3x1 para Migrantes”; Carlos Doré Cabral, “Cambios en la visión (y la realidad) del proceso emigratorio de la República Dominicana, 1960-2005”; Levent Soysal, “Un recuento de la migración turca en y hacia Europa: pasado, presente y futuros”; Hadi Adanali, “La migración y su contribución a la riqueza cultural”.

Del estudio comparado de la diáspora mexicana sobresale el enorme flujo de inmigrantes de primera generación, así como su concentración casi total en un solo país. Otra característica que separa a la emigración mexicana de otros grupos nacionales es su nivel educativo. Sólo 33.8 % de los emigrantes mexicanos mayores de 25 años posee estudios de preparatoria. En contraste, 68.1% de los emigrantes caribeños que residen en Estados Unidos cuenta con diploma de bachillerato. Los emigrantes sudamericanos y asiáticos registran tasas todavía más altas: 79.7% y 83.8%, respectivamente.

El crecimiento exponencial de esta “diáspora en desventaja” –aunado a factores como la victoria de la propuesta 187 en California, la política de acercamiento hacia Estados Unidos y la necesidad de legitimación del presidente Carlos Salinas de Gortari– llevó al surgimiento de nuevos programas de asistencia para este sector, al tiempo que se dieron los primeros pasos hacia las reformas para la doble nacionalidad y el voto en el exterior. El interés por ganar lealtades, brindar apoyos y atender las carencias de los migrantes ocasionó el desarrollo de acciones como el Programa Paisano y el Programa de Atención a Comunidades Mexicanas en el Exterior, mismo que se transformó años más tarde en el IME (*cf.* Alarcón). El IME o Instituto de los Mexicanos en el Exterior es la versión más acabada de este acercamiento a las comunidades al ser “una red de redes que lo mismo ofrece servicios para mejorar la vida cotidiana de esta población, que establece las condiciones propicias para un diálogo sistemático con el heterogéneo liderazgo de su diáspora” (*cf.* González). El primer propósito de este instituto perteneciente a la Secretaría de Relaciones Exteriores es abrir canales de comunicación con (y entre) los cientos de líderes de la diáspora mexicana, teniendo como principio que de un diálogo regular y respetuoso de la autonomía de las comunidades se derivarán sinergias (con el Estado o entre los líderes mismos) para una gran variedad de temas que van desde educación y salud hasta inversión de remesas. El segundo objetivo del IME es trabajar con secretarías de Estado, agencias y consulados de México para llevar a las comunidades mexicanas en Estados Unidos y Canadá: clínicas de salud, libros de texto gratuitos, centros de cómputo, información sobre programas de vivienda, entre otros servicios (*cf.* González). Como se advierte en uno de los ensayos, la idea del IME de construir una “agenda compartida” es distinta de la de buscar crear un *lobby* mexicano en Estados Unidos. Por esto, a fin de evitar suspicacias y acusaciones de “intervencionismo” o “doble lealtad”, es necesario que la diplomacia mexicana tenga, como ha sido el caso hasta ahora, un manejo cuidadoso y claro de sus relaciones con la diáspora (*cf.* Délano).

A la CIRED I celebrada en octubre de 2004 le siguió, un año después, la

CIREC II, cuyas ponencias se recopilan en el segundo volumen de *Relaciones Estado-diáspora*, titulado *La perspectiva de América Latina y el Caribe*. En la segunda CIREC, los 11 países participantes –Argentina, Colombia, Ecuador, El Salvador, Guatemala, Guyana, Haití, Jamaica, República Dominicana, Uruguay y México–² dejaron ver la existencia de distintos patrones regionales. Entre éstos destacan la historia común de crisis económicas, fuga de cerebros, dependencia de las remesas, desconfianza de los emigrantes hacia las instituciones de los estados de origen y capacidad insuficiente para insertar a la diáspora en los esfuerzos de desarrollo. Más recientemente, a esta lista se ha añadido la creciente preocupación en los países receptores sobre quién cruza sus fronteras y cuán seguras son (*cf.* Artola).

Junto a este contexto y dinámicas comunes resaltan las particularidades de cada región y país: el Cono Sur tiene la peculiaridad de poseer una alta migración intrarregional (*cf.* Maguid); más de 68% de los emigrantes de Jamaica en Nueva York son graduados de nivel secundario (sólo 34% de los mexicanos lo son) (*cf.* Reis); los colombianos en el exterior tienen que vivir con el estigma de ser asociados al narcotráfico y acusan problemas estructurales para organizarse (*cf.* Guarnizo); el énfasis del gobierno argentino en promover el retorno de sus investigadores y científicos (*cf.* Buira); la represión, empobrecimiento y falta de oportunidades como origen de la “patria peregrina” de Uruguay (*cf.* Portillo); el esfuerzo haitiano por cambiar la idea de que el Estado sólo se interesa por las remesas y no por el bienestar de su diáspora (*cf.* Baptiste), y la creación del Foro Presidencial con los Salvadoreños en el Exterior que, como el Consejo Consultivo del IME o los consejos consultivos uruguayos, busca transmitir la voz de los migrantes a las distintas instancias de gobierno (*cf.* Nosthas).

² Raúl Delgado Wise y Humberto Márquez Covarrubias, “Migración, políticas públicas y desarrollo en México: problemáticas y desafíos”; Rodolfo García Zamora y Xochiquetzally Sánchez Barbosa, “Migración internacional y desarrollo: oportunidades y desafíos para Zacatecas, México”; Miguel Moctezuma, “Entusiasmo estatal por la inversión productiva de los mexicanos que residen en el extranjero”; David R. Ayón, “La política mexicana y la movilización de los migrantes mexicanos en Estados Unidos”; Alexandra Délano, “De la ‘no intervención’ a la institucionalización: la evolución de las relaciones Estado-diáspora en el caso mexicano”; Juan Artola, “Las relaciones entre migración y seguridad y su impacto en los flujos migratorios en México”; Alicia Maguid, “Migración internacional, factores socioeconómicos y políticas migratorias en el Cono Sur de América Latina”; Michele Reis, “La diáspora caribeña: estadísticas, perspectivas culturales y económicas”; Luis Eduardo Guarnizo, “El Estado y la migración global colombiana”; Álvaro Portillo, “La política migratoria del Estado uruguayo”; Alix Baptiste, “Proyectos institucionales de acercamiento y programas gubernamentales destinados a la diáspora”; Tatiana K. Wah, “Proyecto para la recuperación y contratación de la diáspora. Requisitos de las políticas: enseñanzas de la experiencia haitiana”; Ernesto Nosthas, “Acciones del gobierno salvadoreño en torno a la migración”.

Otra aportación de esta obra es la idea compartida de que, si bien las remesas representan un alivio fundamental para las familias de los emigrados y conllevan un poderoso componente sociológico de organización (cf. Soto; Moctezuma), no pueden verse como solución al subdesarrollo ni sustituyen la inversión pública (García y Sánchez). Como advierten varios de los autores de los trabajos, aún no existe en México ni en varios países de la región una visión coherente para atacar las causas de la emigración y mucho menos una estrategia para insertar a los migrantes y sus recursos (remesas, conexiones, conocimiento y talento) en una política integral de desarrollo (cf. Delgado y Márquez; García y Sánchez; Moctezuma; Guarnizo; Wah).

Por otra parte, como argumenta uno de los autores, distintas políticas del Estado mexicano desempeñaron (involuntariamente) un papel clave en el surgimiento de las grandes marchas de migrantes en Estados Unidos durante 2006. Un caso emblemático es el nacimiento y desarrollo del Consejo de Federaciones Mexicanas en Norteamérica (Cofem), el cual es un actor importante para entender esas manifestaciones. En efecto, el crecimiento de la membresía y estructura del Cofem responden, en buena medida, a su involucramiento en la promoción de programas de inversión de remesas y en su movilización para que fuese aprobada en México la reforma del voto en el exterior (cf. Ayón).

Las conferencias CIRED I y II se distinguieron por ser, a nivel mundial y regional, ejercicios pioneros de políticas públicas comparadas en materia de diásporas. Como queda reflejado a lo largo de la obra, estas conferencias sirvieron no sólo para identificar retos comunes y “buenas prácticas”, sino también significaron el primer esfuerzo por elaborar un “marco teórico” y una “práctica” propios que reflejen la perspectiva de los países de alta emigración. En un mundo en que los debates académicos sobre migración son marcados por los países receptores y en el cual hace falta más diálogo entre académicos y funcionarios de gobierno, la publicación de los volúmenes *Aproximaciones desde cuatro continentes* y *La perspectiva de América Latina y el Caribe*, de *Relaciones Estado-diáspora*, es más que bienvenida.

ÁLVARO CASTRO ESPINOSA